

representado; pero, estuviese arriba ó bajo la cifra, no existía diferencia apreciable entre aquellas cabezas de luces amarillas y carbonizadas sombras, ennegrecidas y llenas de polvo; dos ó tres de aquellas enmohecidas telas presentaban los tonos de un cadáver en descomposicion, y probaban, de parte del último descendiente de aquellos hombres de capa y espada, la indiferencia más completa hácia las efigies de sus nobles ascendientes. Por la noche, aquella galería muda é inmóvil debia trasformarse, á los inciertos reflejos de las lámparas, en una hilera de fantasmas terroríficos y ridículos á la vez, pues nada más triste que esos retratos olvidados en habitaciones desiertas, reproducciones medio borradas de formas desde largo tiempo disueltas bajo tierra.

Aquellos fantasmas pintados eran huéspedes perfectamente apropiados á la triste soledad del castillo, muerta mansion para la cual habitantes reales hubieran parecido demasiado vivos.

En medio de la sala veíase una mesa de peral ennegrecido, de piés en forma de espiral como columnas salomónicas, en las cuales las carcomas habian hecho, sin ser turbadas en su silencioso trabajo, millares de agujeros. Fina capa de ceniciento polvo, sobre la que con el dedo hubieran podido trazarse caracteres, cubria la superficie de aquel mueble, demostracion irrefutable de que encima de él no se colocaban muy á menudo manteles.

Dos aparadores ó credencias de lo mismo, adornados con algunas esculturas y comprados probablemente al mismo tiempo que la mesa en épocas más venturosas, formaban juego á ambos extremos de la sala; algunas piezas de loza desbocadas, cristalería de los gustos más opuestos y dos ó tres rústicos grupos en barro de Bernardo Palissy representando anguilas, pescados, cangrejos y moluscos esparcidos sobre una capa musgosa, adornaban miserablemente los huecos de las estanterías.

Cinco ó seis sillas forradas de terciopelo que pudo antaño

ser encarnado, pero que el tiempo y el uso habian convertido en rojo súcio, dejaban escapar la clin por los agujeros de la tela y cojeaban sobre piés impares, como los versos escazonos, ó como veteranos de regreso á su casa, despues de la batalla, con sólo una pierna. A ménos de ser espíritu, no hubiera sido prudente sentarse en aquellas sillas que, sin duda, no servian sino en los conciliábulos de los antepasados cuando en medio de las tinieblas abandonaban sus cuadros y venian á colocarse al rededor de la desocupada mesa, y delante de una cena imaginaria hablaban entre sí de la decadencia de la familia.

De aquella sala se pasaba á otra algo ménos espaciosa, cuyas paredes adornaba una de esas tapicerías de Flandes llamadas «alfombras de césped».

Que esta palabra tapicería no despierte en tu imaginacion, ¡oh lector! idea alguna de lujo inoportuno, pues este era usado, gastado, pasado de tono; las franjas descosidas de las colgaduras, formaban cien grotescos dibujos, y sólo se sostenian por contados hilos y por la fuerza de la costumbre; los árboles, descoloridos, eran amarillos de un lado y azules del otro; la garza real sostenida sobre una pata en medio de los cañaverales, habia sido víctima de las mitas; el cortijo flamenco, con su pozo festoneado de lúpulo, se distinguia apenas, y, de la descolorida figura del cazador persiguiendo unos patos silvestres, la encarnada boca y los negros ojos, al parecer de un color superior á los demás del tapíz, eran los únicos que conservaban el colorido primitivo, como un cadáver de la palidez de la cera al que hayan dado carmin á su boca y avivado el negro de las cejas.

El aire se colaba por entre la pared y el colgado tapíz é imprimia á este ondulaciones sospechosas. Si Hamlet, príncipe de Dinamarca, se hubiese encontrado en aquella sala, hubiese tirado de su espada y pinchado á *Polonius* detrás de la tapicería gritando: ¡Una rata!

Mil pequeños ruidos, imperceptibles murmullos de la so-

ledad, que hacen más sensible el silencio, inquietaban el oído y el ánimo del visitador bastante atrevido para penetrar hasta allí. Los ratones roían famélicamente algunos cabos de lana que colgaban de la parte inferior del reverso; los gusanos rallaban la madera de las vigas con ruido de lima sorda, y el reloj de la muerte señalaba la hora sobre los paños de las ensambladuras.

De vez en cuando un mueble crugia inopinadamente, como si la soledad enojada estirase sus articulaciones, causando nervioso temblor. Una cama de enroscadas columnas, cerrada por cortinas de brocatel cortadas en todos sus dobleces y cuyos ramajes verdes y blancos se confundían en un mismo color amarillento, ocupaba un rincón de la sala, y uno no habría osado levantarlas de miedo de encontrar en la sombra alguna larva acurrucada ó una forma tiesa dibujando, debajo la blancura de la tela, las rígidas formas de una de esas estatuas estiradas sobre las tumbas; ¡tanto las cosas hechas por el hombre y de donde este está ausente toman rápidamente un aire sobrenatural! Hubiérase también podido suponer que una joven princesa encantada dormía en él un sueño secular como la Bella del bosque dormida; pero la rigidez demasiado siniestra y misteriosa de los pliegues se oponían á toda idea de aventura.

Una mesa de negra madera con incrustaciones de cobre; un espejo empañado, cuyo azogue se había desprendido, cansado de no reflejar figura humana; un sillón de tapicería hecho á la aguja, obra de paciencia y de pasatiempo llevada á cabo por alguna antepasada, pero que no dejaba entrever más que algunos hilos de plata por entre las sedas y las lanas descoloridas, completaban el mueblage de aquel aposento, en rigor habitable para un hombre que no hubiese temido ni los espíritus ni los aparecidos.

Las dos piezas que acabamos de describir correspondían á las dos ventanas no condenadas de la fachada. Pálida y verdosa luz penetraba por ellas á través de los vidrios, súcios y al

parecer azogados exteriormente, cuya última limpia se remontaba bien á cien años. Holgados cortinages, deslucidos, ajados y que se hubieran desgarrado al intentar hacerlos correr por sus varillas comidas de orín, contribuían á disminuir aquella luz crepuscular y añadían nueva melancolía á la estancia.

Abriendo la puerta que se encontraba al fondo de esta última sala, se penetraba en plenas tinieblas, se abordaba el vacío, lo oscuro, lo desconocido. Poco á poco, sin embargo, la vista se acostumbraba á aquella sombra atravesada por algunas lívidas partículas de luz que filtraban á través de las grietas de las tablas que cubrían las ventanas, y descubría confusamente una hilera de salas destrozadas, de piso desunido y alfombrado de vidrios rotos, de paredes desnudas ó medio cubiertas con algunos girones de tapicería, de techos en los que se descubrían las latas y á través de los que filtraba el agua del cielo, y admirablemente dispuestas para los sanhedrines de ratas y las reuniones de murciélagos. En algunos sitios, hubiera sido imprudente adelantar un paso, pues el piso ondulaba y cedía bajo los piés; pero nadie se aventuraba jamás en aquella Tebaida de sombras, de polvo y de telarañas. Desde el umbral, un olor á romadizo, un perfume de corrupción y de abandono, el frío húmedo particular de los sitios sombríos, subía á las narices como cuando se levanta la piedra de una osera y se inclina uno sobre su glacial oscuridad. Era, en efecto, el cadáver del pasado que caía lentamente convertido en polvo sobre aquellas salas donde el presente no ponía el pié; eran los años adormecidos que se mecían, como en hamacas, de las telarañas de los rincones.

Arriba en las guardillas, descansaban, durante el día, los buhos, los mochuelos y las chovas con sus orejas de pluma, sus cabezas de gato y sus redondas pupilas fosforescentes. El techo hundido en veinte sitios distintos dejaba entrar y salir esos amables pájaros, con la misma libertad que si se

hubiesen encontrado en las ruinas de Montlhéry ó del castillo Gaillard. Cada noche, el pulverulento enjambre levantaba el vuelo piando y exhalando clamores que hubieran conmovido á los supersticiosos, para ir á buscar léjos un alimento que no hubiesen encontrado en aquel castillo del hambre.

Las piezas del piso bajo no contenian más que media docena de haces de paja, algunos puñados de maíz y contados instrumentos de jardinería. En una de aquellas veíase un jergon relleno de hojas secas de maíz, con un cobertor de lana súcio que parecía ser el lecho del único criado de la casa.

Como el lector debe estar fatigado de este paseo á través de la soledad, la miseria y el abandono, acompañémosle á la única pieza del desierto castillo que respiraba un poco de vida, á la cocina, cuya chimenea enviaba al cielo la ligera blanquecina nubecilla mencionada en la descripción exterior del castillo.

Un mortecino fuego lamia con su amarilla lengua la placa de la chimenea, y de vez en cuando alcanzaba el fondo de un caldero de hierro suspendido de las llares, y su débil reverberacion proyectaba un punto luminoso en dos ó tres cacerolas colgadas del muro. La luz del dia, que penetraba por el ancho cañon de la chimenea que subia en línea recta hasta el tejado, iba á parar encima de las cenizas á las que comunicaba azulado tinte y hacia parecer más pálido el fuego, de suerte que en aquel frio hogar aun la llama parecia helada.

El agua de la marmita, dentro de la cual hubiera llovido sin la precaucion de la tapadera, lentamente calentada habia concluido por rugir, y el caldero roncaba en el silencio como persona asmática: algunas hojas de col, rebosando con la espuma, indicaban que la parte cultivada del jardin habia sido puesta á contribucion para ese pisto más que espartano.

Un viejo gato negro, flaco, pelado como manguito fuera de servicio y cuyo pelo caido dejaba ver á trechos la azulada

piel, estaba sentado sobre sus patas traseras tan cerca del fuego como le era posible sin chamuscarse los bigotes, y fijaba en la marmita sus verdes pupilas en actitud de vigilancia interesada. Sus orejas habian sido cortadas al ras de la cabeza y su cola al ras del espinazo, lo que le daba el aspecto de esos mónstruos japoneses que se colocan en los gabinetes entre las demás curiosidades, ó mejor aun de esos animales fantásticos á quienes las brujas, al ir al aquelarre, confian el cuidado de espumar el caldero donde hierven sus filtros.

Aquel gato solo, en tal cocina, parecia condimentar la cena para él mismo, y él era á no dudar quien habia dispuesto sobre la mesa de encina un plato á ramos verdes y encarnados, un vaso de estaño, limpiado sin duda con sus garras, tantas eran las rayas que en él habia, y un pote de asperon en el que se veia groseramente dibujado en azul el escudo de armas del vestíbulo, de la llave de la bóveda y de los retratos.

¿Quién debia sentarse delante de aquel modesto cubierto en aquella deshabitada vivienda? tal vez el espíritu familiar de la casa, el *genius loci*, el Kobold fiel prohijado por el castillo, cuya llegada aguardaba el gato negro de mirada tan profundamente misteriosa, para servirle con la servilleta sobre la pata.

La marmita no dejaba de hervir, ni el gato de permanecer inmóvil en su sitio, como centinela á quien se han olvidado de relevar. Oyóse por fin ruido de pasos, pasos lentos y pesados, como de persona de edad; resonó una tosecilla, rechinó el pestillo de la puerta, y un hombre de bondadoso aspecto, mitad campesino, mitad criado, entró en la cocina.

Al ver al recién llegado, el gato negro, que parecia unido á él de desde larga fecha, abandonó las cenizas del hogar y vino á frotarse amistosamente contra sus piernas, arqueando el lomo, abriendo y cerrando las garras, y haciendo salir de su garganta ese murmullo bronco que es la más patente señal de satisfaccion en la raza felina.

—Bien, bien, Belzebú,—dijo el anciano bajándose para

pasar dos ó tres veces su callosa mano por el pelado lomo del gato, á fin de corresponder á la cortesía del animal; —sé que me quieres, y estamos demasiado solos aquí, mi pobre amo y yo, para ser insensibles á las caricias de una bestia desnuda de alma, pero que sin embargo parece poseer el don de comprensión.

Terminados los mútuos cumplidos, el gato se puso á andar delante del hombre guiándole hácia la chimenea, como para devolverle la direccion de la marmita á la que miraba con gesto de codicia famélica el más lastimero del mundo; pues Belzebú comenzaba á envejecer, tenia el oido ménos delicado, ménos penetrante la mirada, la pata ménos lista que en otros tiempos, y los recursos que le ofrecia antes la caza á los pájaros y á los ratones disminuian sensiblemente; así es que no dejaba de vista el guiso, del que esperaba su parte, cuya le hacia lamerse los hocicos con anticipacion.

Pedro, que así se llamaba el viejo eriado, tomó un puñado de chamarasca y la tiró en el mortecino fuego; las vardascas rechinaron y se rotorcieron, y pronto la llama, produciendo una nube de humo, se desarrolló viva y clara en medio de alegre chisporroteo que tomaba la apariencia de una cohorte de salamandras que saliesen á paseo danzando zarabandas entre las llamas. Un pobre grillo afectado del pulmon, gozoso de aquel calor y de aquella claridad, ensayó tambien entonar su cri-cri, pero no pudo lograrlo y no produjo más que un sonido ronco.

Pedro se sentó bajo la campana de la chimenea, festoneada de un viejo lambrequin de sarga verde raído y ennegrecido por el humo, en un escabel de madera, y Belzebú se colocó á su lado.

El reflejo del fuego alumbraba el rostro del anciano, que los años, el sol, el aire y la intemperie habian aecinado, por así decir, y vuelto más oscuro que el de un indio caribe; algunos mechones de cabellos blancos, escapándose de su azulado gorro vizcaino y pegados á las sienes, hacian re-

saltar más aun los tonos de ladrillo de su semblante atezado y surcado de grandes arrugas perpendiculares semejantes á sablazos y sus negras cejas contrastaban con su cabellera de nieve. Como la gente vasca, tenia la cara prolongada y corva la nariz.

Una especie de librea con galones que pudieron brillar en más felices tiempos, y de color que un pintor de profesion se hubiera visto apurado en definir, cubria á medias su colete de ante reluciente y ennegrecido en los sitios donde frotara la coraza, lo que, sobre el fondo amarillo de la piel, producía tonos verdosos como los que aparecen en el vientre de una perdiz al empezarse á corromper; pues Pedro habia sido soldado, y utilizaba algunos restos de su arnés militar en su traje civil. Sus gregüescos dejaban ver la trama y la urdimbre de una tela tan clara como un dechado, y hubiera sido imposible adivinar si habian sido de paño, de ratina ó de sarga. Toda vellosidad habia desaparecido hacia mucho tiempo de sus calvos pantalones; jamás barba de eunuco se vió mejor rapada. Algunos zurcidos asaz visibles, y hechos por mano más acostumbrada á esgrimir la espada que la aguja, reforzaban los sitios débiles, y daban testimonio del cuidado que de su traje tenia su dueño para que alcanzase la longevidad hasta sus últimos límites. Semejantes á Nestor, los gregüescos del anciano habian vivido tres edades de hombre. Sólidas probabilidades permitian creer que habian sido rojos, pero este punto importante no ha sido probado en absoluto.

Suelas de cáñamo unidas por cintas azules á una media de lana sin pié, servian de calzado á Pedro y recordaban la alpargata española; groseros coturnos que habian sin duda sido escogidos como más económicos que el zapato con borlas, pues una estricta, fria y aseada pobreza se traslucía en los numerosos detalles del traje del buen hombre y en su melancólica postura. Con la espalda apoyada contra la pared interior de la chimenea, habia cruzado sobre sus rodillas sus